

Episkenion 2 (julio 2014)  
nunca es siempre en teatro

ISSN 2340-4485

## Enseñar desde la experiencia

GARCÍA DEL TORO, Antonio, *Teatralidad. Cómo y por qué enseñar textos dramáticos*, Barcelona, Editorial Graó, 2011, 355 páginas.

Josep Lluís Sirera  
*Universitat de València*

A nadie se le escapa que las enseñanzas teatrales arrastran en España una existencia precaria; una precariedad que, encima, no viene de ayer sino que se remonta prácticamente a los momentos en los que dichas enseñanzas empezaron a impartirse en nuestro país. Si en esos momentos fundacionales el teatro no pasaba de ser una suerte de *hermana menor* de materias mucho más *nobles* como la Literatura o la Retórica, con el paso del tiempo no mejoraron mucho las cosas. Es cierto que a partir del tránsito del siglo XVIII al XIX se dio cabida en escuelas especializadas (conservatorios o escuelas de artes) a disciplinas cuyo objetivo era mejorar la declamación y las técnicas de interpretación; sin embargo, este tipo de enseñanzas se orientaron claramente hacia los profesionales, y futuros profesionales, del teatro. Se debió esto en parte a que su posible utilidad para otros sectores sociales no directamente relacionados con la vida teatral fue asumida por materias de tanta solera como la misma Retórica, cuya *actio* se revelará especialmente útil para formar posibles oradores, predicadores y políticos.

Así las cosas, tampoco puede negarse que en las últimas décadas se ha ampliado el abanico de enseñanzas teatrales con la incorporación de las orientadas a formar dramaturgos (lo cual no deja de ser, al fin y al cabo, una variación más de las enseñanzas profesionales acabadas de aludir) y también las que tienen como finalidad preparar docentes de teatro para las enseñanzas regladas. No voy a entrar en el tema de la enseñanza del teatro en la Universidad española que fue ya hace años objeto de un interesante congreso organizado el año 1994 por el profesor Ángel Berenguer, Catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares<sup>1</sup>, y que fue también tema de muchas reuniones y debates con participación de representantes universitarios y de las escuelas de teatro. Y no voy a hacerlo porque después de las últimas reformas universitarias, lo poco que se había avanzado en el camino hacia la normalización de los

1. Las actas fueron publicadas por la revista *Teatro* de dicha universidad: *Teatro. Revista de estudios teatrales*, 5 (junio de 1994). Monográfico *La enseñanza del teatro en la universidad*.

estudios teatrales en la Universidad corre el riesgo de diluirse, si no de desaparecer. Pero esto es otro tema, desde luego.

Más preocupante me parece, hoy por hoy, el retroceso de las enseñanzas teatrales en los estudios secundarios. No hace tanto que gozaba de esperanzadora salud una optativa que permitía —bien impartida— proveer a los escolares no solo de conocimientos básicos sobre la Historia del Teatro y la Literatura Dramática sino también sobre la misma práctica teatral. Da la impresión, y quisiera equivocarme, que de poco ha servido al respecto el interés de muchos docentes por esa materia, y la misma buena acogida que esta tuvo entre los estudiantes, cosas ambas que propiciaron no solo buenos textos didácticos<sup>2</sup> sino también cursos especializados orientados a los docentes, como el *Diploma de Teatro en la Educación: Pedagogía Teatral*, que se imparte en la Universitat de València, bajo la dirección de los profesores Tomás Motos Teruel y Julio Hurtado Llopis. Y es que al final, por desgracia, las restricciones económicas y la *racionalización* de los planes de estudio en primaria y secundaria, ha arrinconado al cajón de los recuerdos la mayoría de los estudios teatrales... Lo que no quiere decir, por suerte, que hayan desaparecido estos de institutos y colegios: ahí está, sin ir más lejos, el apoyo decidido que reciben por parte de algunos claustros y AMPAs que no dudan en contratar por su cuenta y riesgo a docentes para que impartan, fuera del horario escolar las más de las veces, talleres de creación teatral o cursos prácticos.

En resumidas cuentas: que a pesar de todos los pesares se enseña teatro en los diferentes niveles del sistema educativo español y más allá, insisto, de la docencia impartida en las escuelas de teatro. Por supuesto, también se enseña teatro de forma no reglada: talleres, seminarios, cursos, etc. Lógica consecuencia de ello es que de tiempo en tiempo se editan libros con una función inequívocamente didáctica. Libros, por ejemplo, dedicados a enseñar las técnicas de la escritura dramática como —y no quiero citar más que un par de ejemplos— el muy interesante de Ricardo Halac *Escribir teatro* (Buenos Aires, Corregidor, 2006) o el fundamental *Dramaturgia de textos narrativos* (Ciudad Real, Ñaque, 2003) de José Sanchis Sinisterra. O libros que nos adentran en la estructura de los textos dramáticos y/o teatrales y nos ofrecen cumplidas panorámicas teóricas sobre el hecho teatral en todas sus facetas; no pongo ejemplos aquí porque son muchos los libros de este tipo.

Menos frecuentes son, por desgracia, aquellos que tratan de conjugar el análisis dramático con la práctica teatral. Nada tiene de extraño esto en España, la verdad sea dicha, porque todavía perdura en nuestras universidades la tendencia a hacer discurrir por vías paralelas la enseñanza teórica de una disciplina artística y su práctica por parte del docente. No me refiero, por cierto, tanto a las enseñanzas vinculadas a las facultades de Bellas Artes o de Comunicación Audiovisual como a las que vinculamos habitualmente a las facultades de Filología

2. Permítaseme aquí sacar a colación los estudios y publicaciones de investigadores como Tomás Motos Teruel; autor con F. Tejedo de un fundamental *Prácticas de dramatización* (Barcelona, Humanitas, 1987) o, para no extenderme más, de *Creatividad dramática* (Santiago de Compostela, Universidade de Santiago, 1999). También, libros de textos orientados a los mismos escolares, como los editados por Antoni Navarro: *Taller de dramatización* (Alzira, Bromera, 2000).

(poesía, teatro o narrativa). Intentos de superar esta disociación y escribir estudios teniendo en cuenta ambos aspectos los ha habido, eso es innegable. Y para corroborarlo baste con citar el muy clásico tratado de José Luis Alonso de Santos *La escritura dramática* (Madrid, Castalia, 1998) enfocado primordialmente a sus estudiantes de la RESAD pero ciertamente útil en otros centros y niveles de estudios teatrales.

Es en esta línea, precisamente, donde hay que situar el libro que aquí comentamos: un texto que pretende enseñar a analizar tanto textos dramáticos como teatros teatrales, al tiempo que explicar las bases teóricas de los métodos de análisis propuesto. Y todo ello, como en el caso de Alonso de Santos, apoyándose no solo en ejemplos señeros de la historia teatral sino en la propia experiencia profesional de quien escribe. Experiencia que en el caso de Antonio García del Toro conjuga con habilidad (y con acierto) la experiencia didáctica con su trayectoria como dramaturgo y como director escénico.

En efecto, el puertorriqueño García del Toro (Mayagüez, Puerto Rico, 1950) posee una dilatada trayectoria profesional en todos los campos antedichos y en otros como escenógrafo, diseñador de vestuario, actor, etc. (puede consultarse en: <http://myfaculty.metro.inter.edu/agarciadelatoro/>). Es además Catedrático de la Universidad Interamericana de Puerto Rico, donde imparte clases de Literatura, Lengua Española y Teatro. Para estas clases, precisamente, es para las que ha escrito este tratado. Quiero decir: no para profesionales o para estudiantes de especialización, sino fundamentalmente para aquellos para los que el teatro no será, en el mejor de los casos, más que una asignatura que hay que aprobar o una forma de disfrutar con su lectura o con la asistencia a alguna representación. Con otras palabras: lectores no convencidos, no *seducidos* de antemano por el veneno del teatro, sino a los que hay que ganar. Me apresuro a decir que para conseguir este efecto García del Toro vuelca en su obra considerables dosis no solo de experiencia profesional, que es innegable que la tiene, sino muy especialmente de entusiasmo y convicción. Cualidades que muchos docentes, aunque parezca increíble, nunca llegan a tener.

Este enfoque predominantemente didáctico (que es casi lo mismo que decir práctico) se deja ver ya en la misma estructura del volumen, que alterna con habilidad las características del texto dramático con las del teatro teatral. Así, tras un primer capítulo, titulado: «Teatralidad: texto dramático y texto teatral», que establece las peculiaridades de uno y otro y deja, de paso, muy sentado las conexiones que es posible tender entre ambos, se pasa en los dos siguientes a estudiar los «Constituyentes del texto dramático» y los «Constituyentes del texto teatral: los lenguajes dramáticos». Este estudio a continuación uno del otro tiene la virtud de que el lector pueda establecer con facilidad las conexiones entre, por ejemplo, los apartados dedicados a «Los personajes» (en el primero de los dos capítulos acabados de citar) y a «El cuerpo y la voz» (en el segundo).

Tras este bloque de tipo más teórico, pero que se aleja de otras obras teóricas por la mayor cantidad de ejemplos entresacados no solo del repertorio teatral universal sino de la propia experiencia teatral del autor (lo que permite explicarlos de forma tan clara como didáctica), llega un segundo en el que predomina la intención didáctica: proveer a los lectores de

instrumentos no solo para analizar sino, en primer y especialísimo lugar, para *comprender* tanto el texto dramático como el teatral. Puede parecer en algún caso que el profesor García del Toro nos esté diciendo las verdades del barquero o poco menos; así, en el apartado «Cómo leer un texto dramático» (dentro del capítulo 4, «Estrategias para el análisis del texto dramático»). Sin embargo, mi propia experiencia como docente de teatro (no solo de literatura dramática) me hace reconocer que en apenas tres páginas el autor condensa técnicas concretas encaminadas a lograr que el estudiante se habitúe a una *lectura teatral* (lo que implica, por ejemplo, la lectura en voz alta), que yo califico de *lectura en cuatro dimensiones*. Y es que, la verdad sea dicha, de nada servirían apartados dedicados, por ejemplo, a la ficción dramática o al receptor implícito si no somos capaces, en nuestra lectura de los correspondientes textos, de captar mediante dicha lectura la especificidad de la escritura dramática.

Sentadas las estrategias para dichos análisis, el autor nos ofrece un interesantísimo sexto capítulo titulado «El espectáculo y la comunicación teatral» en el que se estudia, por ejemplo, lo que él denomina «la dramaturgia del autor» y «la dramaturgia del espectáculo». ¿A qué se refiere con estos términos García del Toro? Con el primero, pone el acento en la labor del autor dramático, del dramaturgo, que define de una forma bien precisa y con la que no puedo sino estar de acuerdo:

Mediante su acto de comunicación el dramaturgo pretende que, a través de la reflexión, el público llegue a compartir las emociones humanas que sus personajes encarnan. Desea, igualmente, impactar a los espectadores, tanto sensorial como intelectualmente. Éticamente, busca hacer de su creación un espejo en el que sus receptores puedan verse, tanto los miembros de la nómina teatral como el público. Estas exigencias desarrollan en el escritor una deseable conciencia artística y crítica. (Pág. 191)

No significa lo anterior, por cierto, que el autor no contemple más posibilidades de escritura que las de tipo más o menos realista, porque alude aquí a técnicas de trabajo (o, si se prefiere, de escritura) para las que es indiferente el estatuto atributivo de los personajes en cuestión; quiero decir: que da lo mismo que se trate de abstracciones, alegorías, arquetipos o personajes de la máxima complejidad psicológica, porque los autores los construimos (los *escribimos*) de forma semejante, al igual que, por debajo de las diferencias de fisonomía y constitución, todos los cuerpos humanos son básicamente idénticos...

Mucho más recorrido tiene (no podía ser de otra manera) el apartado dedicado a la dramaturgia del espectáculo. Y es que, al estar destinada esta obra a estudiantes no especializados en teatro, necesitan de mayores precisiones sobre cómo un texto dramático acaba por convertirse en un texto teatral, en un espectáculo. García del Toro, en consecuencia, va explicando los pasos que hay que seguir para llegar a este último a partir del primero. Otorga en este proceso un papel capital a la labor dramaturgica del director de escena, de quien dice que «buscará siempre la mejor manera de expresar lo que desea comunicar y [...] para ello explorará todas las posibilidades que los componentes del espectáculo le ofrecen.» (Pág. 195).

A desarrollar por extenso esta afirmación está, precisamente, dedicado el capítulo sexto: «Constructores de significado: lectores, teatreros, espectadores», que tiene el mérito de conceder un papel activo y relevante a la recepción, a los receptores más concretamente, sean estos lectores o espectadores. Es esta inclusión, a mi entender, la que otorga singularidad a un estudio que así se aleja de la gran mayoría de los dedicados al análisis de los componentes del hecho teatral, pues en contadas ocasiones se otorga a los receptores toda la importancia que a mi entender se merecen. Son unas pocas páginas (el autor demuestra a lo largo de todo el libro tener una innegable capacidad de síntesis) pero cargadas de atinadas reflexiones sobre aspectos tales como «la percepción sensorial del mensaje» que necesita de unas nociones básicas del lenguaje dramático para ser realmente operativa (pág. 260). O lo que es lo mismo: de una competencia previa que permita decodificar la propuesta que le ofrece el dramaturgo.

Llegamos así al último de los siete capítulos que componen el presente estudio: «Enseñar teatralidad: cómo y por qué». En él, el que hasta ahora se nos había mostrado como teórico teatral, dramaturgo y director de escena, se nos convierte en pedagogo teatral y nos ofrece un método de trabajo que parte de las reflexiones sobre la lectura teatral ya comentadas para desplegar ante nosotros estrategias de trabajo en el aula para conseguir que los estudiantes se familiaricen, por ejemplo, con el uso y las diferentes categorías de las didascalias y lleguen, tras sucesivas lecturas en cierta manera *concéntricas* del texto a analizar, a su *lectura crítica*, para la que no hay que olvidar, entre otras cosas, la distancia (temporal, ideológica, etc.) que el propio texto mantiene con el receptor, lo que obliga —aunque no se diga explícitamente— a poner en juego los conocimientos sobre la historia misma del teatro; lo que el autor ha hecho implícitamente a lo largo de todo el libro a base de recurrir a ejemplos extraídos no solo de su producción o del teatro contemporáneo puertorriqueño sino del repertorio del teatro universal. Quiero, con todo, apostillar aquí que el programa didáctico que aquí se ofrece es tan interesante como de difícil aplicación, hoy por hoy, en España. Confío que sinceramente que solo suceda esto en nuestro país y que otros sean más afortunados que nosotros.

En resumen: nos encontramos con un manual de teoría y práctica del análisis (tanto dramático como teatral) y, al mismo tiempo, con un eficaz instrumento didáctico para la enseñanza del teatro. Una guía eminentemente práctica que no rehúye la teorización cuando es preciso, pero que tampoco pierde nunca de vista que su objetivo fundamental es formar *lectores* competentes de teatro, capaces de descifrar las complejidades del lenguaje teatral (tanto leído como representado) para así enriquecer su comprensión del hecho escénico y abrir las puertas a posteriores incursiones, cada vez más complejas, por los caminos de la teatralidad. El entusiasmo con que el autor nos ofrece en esta labor impregna además, y muy positivamente, todas y cada una de las páginas de un libro que lleva el significativo subtítulo «Cómo y por qué enseñar textos dramáticos». El cómo nos lo explica a través de los siete capítulos reseñados, el por qué nos lo ofrece con ese entusiasmo, que es una defensa apasionada (y que suscribo totalmente) del hecho teatral.

